

hampón, repito, se ha convencido plenamente de que aquí le es permitido todo y que su ilegal libertad oclocrática no reconoce freno..., el hampón sería más metafísico que el propio doctor Escoto, el Sutil, si creyese que teniendo á su disposición la tranquilidad, el decoro, la bolsa, el pudor, el sufrimiento de los transeuntes, no debe tener también á su merced los pescuezos, las yugulares y las tráqueas de los guardias que se atreven á intentar reprimirle.

* *

Semejante estado de cosas—dicen los que han estudiado á la luz de la ciencia sociológica esta cuestión—tiene su profilaxis en la escuela primaria. Es una cuestión de pedagogía. Así lo creo. Los pueblos ineducados se conocen á tiro de ballesta. Sin embargo, Portugal (aunque nos es superior en la enseñanza, á la cual dedica mayor cuidado y más dinero que dedicamos nosotros), no puede compararse, en el desarrollo de su instrucción pública, á países del Norte de Europa como Dinamarca, Noruega, Suecia y Finlandia; y sin embargo, en las calles de Lisboa no se ve el *hampa*, se ve el *pueblo*, juna cosa tan distinta! El pueblo no usa en ninguna parte guante blanco; pero el pueblo no es horda de mendigos y ladrones; el pueblo no se echa á la calle á satisfacer depravados instintos. Y por las calles de Lisboa se puede andar á pie..., género de peligroso *sport* al cual, si Dios no le remedia, será preciso renunciar en Madrid muy pronto.

Acaso, pues, además de la pedagogía, influya en esto el carácter, y de seguro influye, en más de la mitad ó de las tres cuartas partes, la falta de energía en la represión, la lenidad y escasez de vigilancia de cuantos tienen por oficio establecer el orden, la urbanidad y el decoro. ¡Ojalá que ellos la conociesen y practicasen sin cesar!

* *

Porque es preciso añadir esta triste observación: hay gente muy buena, muy valerosa, hasta abnegada, entre los municipales, guardias, etc.; pero, con sobrada frecuencia, he tenido ocasión de comprobar que el *estilo* de los agentes de la autoridad se parece, como una gota á otra gota, al *estilo* de la golfería... A la puerta del teatro Español, no eran golfos los que he visto reunirse en corro para hacer chacota de un misero cochero, que no se había extralimitado en nada, que permanecía inmóvil en su pescante, esclavo de su obligación, mudo por fuerza, y seguramente temblando de rabia por dentro ante aquel certamen de pullas y de insultos... No eran golfos los que he visto, en Carnavales, dirigirse á un señorito inofensivo, que no se metía con nadie, é interpellarle llamándole «tonto» y «majadero» de buenas á primeras. No eran golfos los que, requeridos para auxiliar á unas señoras que tenían derecho á pasar por determinado sitio, derecho que habían comprado adquiriendo una tribuna vendida por el Ayuntamiento y á la cual se dirigían; derecho que no podían ejercitar porque una piña de hampones se lo estorbaba, contestaron al requerimiento con groserías y encogimientos de hombros. Y este *estilo* es el que pide á gritos ser desechado, reemplazándole el *estilo* moderno de las grandes ciudades europeas, donde la autoridad es educada y educadora.

* *

¡Qué de catástrofes, qué de conflagraciones, qué de destrozos, ruina y muertes cruentas han ocurrido en la agria primavera de 1906, la cual se nos ha presentado envuelta en chales de lana y zaleas de vellón de cordero, tiritando de frío, casi sin flores, con las lilas atrevidas y la fresa pasmada!

Esta insólita aparición de la primavera ha ocasionado perturbaciones en todos los órdenes, hasta en los más vulgares y modestos, de la vida. Los sombreros de paja—por ejemplo—están en un espantoso ridículo. Salieron á los escaparates, con el acostumbrado aparato de cintas, flores, gasas, moños, pájaros, hebillas, broches, encajes y piquillos. Y las madrileñas, tan aficionadas á exhibirse en Recoletos ó en la calle de Alcalá con el nuevo modelo de la estación, graciosamente ladeado sobre los peinados de última, ni aun se decidieron á arrimarse al vidrio para admirar desde afuera estas creaciones de la moda y fantasear su coste probable... Allí se quedaron los sombreretes, mustios y olvidados hasta que el sol brille y el aire se vuelva tibio y halagador... Y se le dieron quince ó veinte «golpes» más

á los vejesterios del invierno, al fieltro, al terciopelo, á la felpilla... ¡Buenos están aún! Rizarles y esponjarles las plumas, enderezarles el alambrado, limpiarlos rabiosamente con el cepillo, y ¡adelante! Los padres y maridos, frotándose las manos, se echan su cuenta: «Hasta mayo no me exigen un céntimo para el equipo de verano: mejor, se respira.» En cambio, las modistas de sombreros reniegan de esta especie de neurosis planetaria que se llama erupción en Nápoles, terremoto en California y frío glacial en Madrid...

Asusta la corta diferencia que existiría entre este planeta nuestro y otro en el cual absolutamente no se pudiese vivir, donde todo se hundiese y desmoronase, se hiciese cisco ó no pudiese ni llegar á construirse. Los temblores de tierra, algo más frecuentes é intensos, bastarían para ¡que no hubiese arquitectura, para que no surgiesen las catedrales, el Partenón, las soberbias pagodas indianas y los obeliscos y pirámides del Egipto... Son habas contadas; la arquitectura pide estabilidad, y si el globo temblase á cada momento, la humanidad se contentaría con casetas de caña, lodo y granzones...

* *

Las tristes circunstancias parecen haber influido también en los preparativos de las fiestas próximas. No se notan aún el movimiento y la agitación que acompañan á este género de acontecimientos, y me parece malísima señal; un mes, ya escaso, es muy poco tiempo para todo lo que es preciso hacer, si las fiestas no han de salir atropelladas, desbaratadas é incluso peligrosas para el orden público—como sucedió con las de Cervantes.

En todo festejo hay mucho que no puede ejecutarse sino á última hora, pero hay mucho que debe prevenirse, único medio de evitar conflictos y atropellamientos.

Acaso se esté trabajando ya á la sordina; sería bueno, en interés del público, del gentío que acudiría á Madrid desde toda España y fuera de ella, y que tanto va á tener que sufrir y lidiar con hospederías, cocheros, rateros y timadores, entradas y billetes, órdenes y contraórdenes... No envidia, no, á los viajeros en estas ocasiones tan señaladas. No envidia esta diversión problemática, esta molestia infalible que espera á los buenos señores de provincia, á los cándidos turistas ingleses sin puesto oficial alguno.

La corte de España no se encuentra en condiciones para recibir tantas visitas á un tiempo... Ni en hoteles, ni en fondas, ni en las calles mismas, cabe la muchedumbre agolpada. Madrid «se pone imposible;» es la frase ya clásica del vecindario molesto por la intrusión de los *isidros*, los cuales, á su vez, llevan qué contar más de malo que de bueno cuando regresan á sus hogares...

* *

Sin embargo, este pueblo juerguista ya está como fuera de sí con sólo el anuncio de la temporada de festejos... Aquí, el día en que hay corrida de toros, los que no disponen de dinero para comprar la entrada se sitúan en dos filas á un lado y otro del largo trayecto que media entre la plaza y la Puerta del Sol, y aguantando en pie apretujones, empellones, calor y polvo, esperan á que les caiga su migaja de diversión, el olor de la fiesta, viendo desfilar á los que de ella retornan... Y esa tarde hermosa de la estación primavera, esa tarde larga, deliciosamente impregnada de olor de flores, que podían dedicar á solazarse en el campo, á respirar con su familia un ambiente puro, la dedica gran parte del proletariado de Madrid al goce extraño de contemplar cómo cruzan coches, ómnibus y calesas, repletos de gentes más adineradas, que vuelven de presenciar cómo han pinchado á seis cornúpetos...

* *

Y cierro la crónica con esta reflexión, mientras parece zumbiar en el aire la amenaza, que ya iba cayendo en el olvido, del 1.º de mayo... «¿Qué sucederá?» se preguntan los medrosos. Nada tal vez. Colisiones en Francia, probablemente; algunos episodios más de esa lucha á que parecen condenadas las sociedades modernas, que habían conjurado, al menos por largos períodos de tiempo, el sangriento fantasma de la guerra internacional... Y no creo que otra cosa

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El asesinato de un guardia de orden público, en la calle, cuando cumplía sus deberes, ha provocado un derroche de manifestaciones y protestas contra la golfería y el hampa que inundan las calles de Madrid. No parece sino que, mientras el hampa no degüella, el hampa no existe, el hampa no molesta y el hampa no es un escándalo, una vergüenza inveterada y una sarna moral ignominiosa.

* *

Pues qué, antes de haberse esgrimido la faca contra ese desventurado, ¿estaba ociosa, por ventura, el arma de los cobardísimos matones populacheros? No ciertamente. Se cebaba en el cuerpo de mujeres infelices, que se habían resistido á la brutalidad ó que habían causado una mortificación celosa al salvaje amor propio de los hampones. Funcionaba activamente en los Cuatro Caminos, á la puerta de las tabernas, en los merenderos y en las casas llanas. Dirimía las contiendas, resolvía los casos de punto de honra del vastísimo patio de Monipodio que constituye la villa y corte. Porque el hampa existe en todas las grandes ciudades; lo sabemos aun sin haber leído en folletín *Los misterios de París* y *Los misterios de Londres*, sin conocer los estudios de Máximo Gorki sobre los «bajos fondos» de San Petersburgo... Lo que no sucede en parte alguna sino en Madrid, es que el hampa domine y obstruya, literalmente, la ciudad entera, y en especial sus vías más concurridas y suntuosas; que el hampa ande mezclada íntima, inseparablemente, á lo que no es hampa, y que en el hampa nos movamos, vivamos y seamos todos cuantos tenemos en Madrid nuestra residencia.

* *

El hampa que degüella no es sino un resultado matemático, preciso, fatal, del hampa que estorba, del hampa pedigüeña, insultadora, chirigotera, requebradora, descuidera, colillera, zurcidora de voluntades, procaz, ociosa, que nos infesta sin que nunca se intente la represión de sus demasías. Cuando el hampón ve que un día tras otro se le consiente molestar, injuriar, dirigir burlas, escandalizar con palabrotas, proferir denuestos contra el primero que pasa, pisotear adrede la falda de las señoras, encararse con ellas, meterse donde no tiene entrada, arrollar á los que sí la tienen, amenazar de muerte al que no le da limosna, hurtar bajo la mirada paternal de la policía, arrancar las flores y los adornos de los coches en Carnaval, atracar en los sitios solitarios... ó á dos pasos de la Puerta del Sol, correr tras una infeliz demente y echarla al suelo y hacerla poco menos que trizas..., en fin, todas las proezas que á ciencia y paciencia de la autoridad se ejecutan en las peligrosas calles de Madrid... Cuando el

¿Hab
Me inc
pluma,
la cróni
ciones
emoción
horror.
Ade
se publi
del púb
janza d
su parte
creto se
padre c
bezas d
y letra
su filia
explicac
llegado
va por
tesis, m
á mi ve
pito qu
actores
chacha
mundo
escrito,
flaquez
dolas c
caso no
rreo, p

¿Las
ve (cua
proyect
den el
Dicen
Mucho
algunas
yo... no
hoy, no
No c
tales pr
te que
combat
sólo dig
las cosa
menos
ofrezca
negoció
el hodie

El M
ciones,
pero sí
de las l
Los
según l
seo, se
neros c
tradic